

**Stichting
Pablo
Neruda**

había una vez un pueblo

Fernando Quilodrán

P R E S E N T A C I O N

La tragedia de 1973 lanzó a miles de chilenos al destierro, entre ellos a muchos artistas y escritores. Lejos de la patria, añorándola cada día, no se han resignado sin embargo a la afonía, y han continuado laborando, sin interrumpir su faena creadora, empeñados en dar amplia resonancia a la voz del pueblo chileno, en lucha contra el fascismo. Con la música, la pintura, el teatro, la poesía en ristre, se han consagrado a denunciar el oprobio convertido en sistema en Chile, convocando la solidaridad necesaria, asumiendo el papel de portavoces de la dignidad y la rebeldía.

Fernando Quilodrán es uno de esos creadores. Nacido en 1936 en Curepto, a unos 220 kilómetros al sur de Santiago, obtuvo el primer premio en el certamen poético organizado por la Editorial Quimantú durante el gobierno del Presidente Allende. Desde fines de 1973 vive exiliado en Holanda.

Su poesía registra los dolores y las esperanzas del pueblo, hace la crónica de estos años de tormenta, zahiere a los generales que gobiernan a cuchillo, canta a la geografía de la tierra entrañable, se afana en el optimismo pertinaz de los que quieren transformar el mundo, cambiar la vida. Versos maduros, de un lirismo decantado por la reflexión, que expresan convicciones acendradas, y a la vez, dejan fluir el sentimiento.

Fernando Quilodrán estuvo entre quienes, desafiando el terror, acompañaron el 25 de septiembre de 1973 los restos mortales de Pablo Neruda, emocionante despedida a la figura mayor de la poesía chilena que se convirtió en la primera manifestación pública contra la Junta Militar recién entronizada en el poder y homenaje a los caídos en aquellos días. Neruda unió el combate y el canto en un mismo aliento. Nos ha dejado la tarea de seguir combatiendo y cantando. Podemos decir que Quilodrán se ha aplicado en cumplirla cabalmente.

Nos alegra tener la posibilidad de dar a conocer el presente poemario, aunque sea en una edición modesta. La poesía sigue ganando batallas, indisolublemente asociada a la lucha por la libertad.

Stichting Pablo Neruda

Amsterdam, enero de 1982

EL LIBRO

He estado leyéndote, Chile, largamente.
El tomo único de tus valles y dolores.
Me detuve en el capítulo de tus héroes,
en voz alta dije la página de tus vinos.
Acaricié tu pobre portada de sangre
y comprobé en la prosa fiel de tu incierta geografía
un estilo de vida empecinada.
(Hay una nota, por allí, que celebra los copihues,
y un evangelio entero dedicado a tus guitarras.)
Recuerdo que al principio eras el movimiento
y que pacientemente fueron fijándose ríos de conciencia,
separaron la cordillera y el desierto,
nombraron el mar y lo poblaron de islas.
(Dawson estaba allí, pero todavía no era Dawson.)
En el éxodo estuvimos todos: el español y el alamo,
el indio del sur y el helecho,
la torcaza y otras expediciones.
El carbón de Lota ardió una mañana en tus manos
y todos pudieron verlo.
Arde también la vara negra en Magallanes.
Hermoso es tu libro...
Había una vez un pueblo y también el becerro de oro,
y violaron la ley que el Toqui recogió en la montaña.
Yo sé que algunos cantos los dictó personalmente el mar:
es una escritura a tiempo de olas,
como si le hubieran pasado el cincel a un cartógrafo
extraviado
que te impuso una geografía de odios.

Pero hay también el Cantar de los amores,
tibia poesía creciendo no importa dónde,
y un versículo cisne para tus peces y tus flores.
¿Qué enamorado cronista tuvo a su cargo escribir de tus
lagos?
¿Quién es el viejo poeta ciego que te describe como una
solícita mano,
como madre materia recorrida por valerosas sílabas,
voluntarios tallando las líneas de tu destino?
Todos los días vuelvo a ti, libro patria,
y me asomo a tus significaciones,
y recito en voz baja tu rostro.
Después, con mucho cuidado, te pongo en el armario de
mi tiempo.
Todo lo ocupas tú, todo lo cubres.

RECUERDOS

Cuando yo tenía mis diecisiete años
con mi lealtad a cuestras
y mis cuatro pesos para el pan caliente de la calle Castro
a la entrada de Alameda;
con un odio total y un amor abierto a los cuatro vientos;
con mi pobreza endomingada de cerveza y Neruda (el de las
Residencias)
y mi Anatole de bolsillo por Ahumada;
cuando yo aborrecía con mayúsculas a los Dulles y
Klein-Saks
y apenas si podía producir una pequeña cuota de plusvalía;
cuando me paraba a llorar con un niño mendigo
y a veces le entregué mis únicos cien pesos;
cuando el mundo era ancho y ajeno
y el amor un recuerdo que algún día estaría.
Cuando yo tenía mis diecisiete años.

Y entonces comencé a comprender lo que todos sabían
y que era Dulles cotidiano y conversaba con su jardinero,
y que los marines tenían hijos y los besaban
y les llevaban tiernos presentes desde todas las playas,
y que no era pecado mortal no tener frío mientras otros...
(siempre habrá ricos y pobres porque así fue hecho
el mundo)
y que la población crece a ritmo geométrico lo que explica
el hambre.
También leí que el ahorro es la fuente de la riqueza
(no me dijeron el ahorro de quiénes)
y que el odio nada engendra,

y que entre mis amigos y mis enemigos...
(lo que es muy justo);
y que no hay que ser tonto porque el que no llora...,
si quieres que te recomiende para un trabajo
tráeme un carton, cualquier cartón pero tráemelo,
que ahora el hombre vale por lo que sabe.
De manera que vuélvete por donde has venido.
No me interesan tus necesidades, anda a conseguirte un
cartón.

Y entonces ya no tenía mis diecisiete años.
La tierra se había reducido extrañamente
al tamaño de un talonario de traveller-checks.
Yo me puse a gustar de lo bueno de este mundo
y a temer el pan nuestro de cada día.
Empezaba a estar bien,
mi familia decía que era un muchacho serio, establecido,
con plateas numeradas
y yo compro aquí porque lo barato cuesta caro,
el ahorro mal entendido y después de esta vida no hay otra.
¡Quién no ha sido comunista y poeta a sus diecisiete años!
De la pensión me había ido a otro barrio
y agua caliente a toda hora,
desayuno a la americana,
weekend.
Todos éramos felices porque no hay mal que dure cien años
y la vida es linda, colega.
Yo mientras tanto y en privado
olía francamente a mierda.

POBRE VIEJA HONESTA LUMPEN

Entró al restorán
avergonzada pero fuertemente instalada en su lugar de
desprecio,
casi un árbol plantado en espera de conocer el nuevo viento,
sabedora de su pobreza milenaria,
de la ninguna elegancia de sus arrugas,
de su ropa de ninguna moda,
de ninguna época,
preguntando si por algunos minutos,
mientras aquietaba esa hambre
(y ahora que poseía un poco de dinero),
se le permitiría sentarse entre nosotros.
(Yo me sentí dueño del aire, feudal poseedor de la luz
del día.)

Pero ella, la pobre vieja honesta lumpen,
¡qué bien sabía que no era como todos!
¡Cómo sabía que sus derechos eran otros!
Porque algunos derechos tenía:
la ley no la había olvidado
ni los urbanistas.
La una, en el capítulo de la profilaxis y las actividades
antisociales;
y los otros, en debajo los bancos de los parques,
donde el cemento no deja pasar nunca demasiada lluvia,
para que ella pueda dormir tranquila sus últimos inviernos.
¡Ah!, y los verdes espacios vacíos, entre las avenidas,
siempre le han sido mantel recién abierto
para su olla de tallarines y su vino

y su pan, de ayer,
 qué importa.
 A mi lado, y al suyo, un joven declama silencio y sed
 y nostalgia de una terrible guerra,
 de lágrimas heroicas reprimidas;
 de esa inmensa guerra, en pocas palabras,
 que nuestra tierra sin embargo no tuvo,
 y que tanto hubiera explicado, significado, perdonado.
 Pero la pobre vieja humilde qué sabe de eso.
 Le son desconocidas así la lucha de clases
 como el lento strip-tease del sacro colegio de cardenales,
 y está sentada al lado afuera de la Historia,
 Como si del tiempo fuera una escoria.
 Se me ocurre un verso para la ocasión
 y lo diría si pudiera, aquí y en mil novecientos setenta
 y tantos,
 reaccionar románticamente contra los escolásticos y los
 best-sellers:
 "sólo deberían escribir los que tuvieran
 el estómago lleno de estrellas."
 Pero no vale.
 Hay soluciones huérfanas de problemas.
 También quisiera pagar su vino,
 pero por qué si se trata de su sed,
 (no de la sed universal)
 y cómo ensuciársela con una permitida contingencia en mi
 ordenada vida
 que me permite a veces, a condición de no pensarlo mucho,
 ser generoso.

Y ni siquiera era fea, ni siquiera hermosa,
 ni repulsiva aunque pudiera detener media hora
 el importante tránsito de la calle Ahumada,
 desafiando impúdica la ley y el orden,
 con más fueros que los escasos de un ilustrado ciudadano
 constantemente expuesto a la miopía de los semáforos.
 ¡Ah!, pobre vieja honesta lumpen,
 ya sin nadie ante quien sentir verguenzas,
 sin espejos,
 sola,
 con las escasas palabras necesarias
 para pedir la limosna en la escalera de las catedrales,
 cuando es más cómodo descargar el bolsillo del peso de
 una moneda
 que sostener la mirada que te pregunta por tu utilidad
 y por el mayor derecho que tienes sobre el lugar que ocupas.
 Iniciada en los misterios del hampa, que le es vecina,
 nostálgica sin embargo de su alguna vez sospechada condición
 humana.
 ¿Y a qué hueles, hermana en Dios?
 Seguramente no a peluquerías, pero tampoco a hospitales,
 y entonces del capítulo olfatorio puedes salir satisfecha.
 Como no tienes nada,
 como fuiste dejando todo, perdiendo todo,
 (las esperanzas, que ciertamente llevaste en tus bolsillos;
 la juventud, que habitó tus brazos y los forjó a su manera,
 y algunas amistades, compañeras de nocturnidades no
 elegidas),
 llegó el instante en que sólo fuiste tú.

Instante cuando podías detenerte en cualquier lugar
y cerrar los ojos
y cantar
y expeler una presencia rehuible
para no estar obligada a ver
ni a oír,
ni a ser tocada
(ni activa ni pasiva),
rechazando las agresiones que pretendían someter tus
sentidos a sus horarios,
a sus modos codificados como una fatalidad,
y te quedaste, pobre vieja honesta lumpen,
sola.
Esencializada.
Y en verdad os digo que estar solo es estar con todos.
Y en verdad os digo que carecer es gozar la abundancia.
Y yo te digo, en verdad, hermana vieja,
que no tener nada es compartir el todo
(es no tener compromisos);
pero te digo también que es triste,
dramático tal vez,
trágico diríamos si estuviera la decoración adecuada,
no tener con quién compartirlo.
No tener con quién no tener.
Quiero decir, no tener otra soledad, así elaborada,
y con ella compartir el mundo,
no tener a todos los hombres, ¿me entiendes?
Quiero decirte, no tener un universo dispuesto
a ser así poseído,

porque,
y parece evidente,
no existe ese universo,
ni siquiera esa soledad (que no sería soledad),
porque,
porque, vieja honesta lumpen,
no puedes, no puedes,
tú no puedes,
y pensar que tuviste una infancia,
no me desmientas,
y dos lustrosas trenzas celebradas,
y que en el cuarto de maderas y grietas
(tú y tus hermanos, tus padres, tus abuelos)
apenas cabía el dormir, tan lleno estaba de tus sueños.
Pero estás, limpia habitante, estás
y la belleza de esta tarde te necesita y es contigo.
Parece como si tú no supieras, pero eso no es cierto,
tú me engañas,
¿verdad, vieja, gastada, limpia, honesta hermana cargada
de silencios?

COSAS DEL INMIGRANTE

Estoy solo.

Se trata solamente de un dato.

Es que he cerrado mi puerta.

Afuera el tiempo se divide en infinitas vidas,
en actos, en pensamientos, en palabras,
también en otras puertas.

Se trata de que he venido de muy lejos y estoy cansado.

Ya no soy material para la Historia.

Estoy cansado.

Conmigo no cuenten.

Oigo antiguas canciones y pienso palabras de otro idioma.
Tal vez lo mismo le esté sucediendo, ahora, a otro viejo
inmigrante.

Nuestros pueblos quedaron atrás
y nuestra historia fue tan pobre que casi no nos alegra
recordarla.

¡Qué afuera estábamos de lo que transcurría!

Ya entonces estábamos, ya entonces, cansados.

A pesar de los gritos y las carreras,
a pesar del amor probado en noches sin luna.

A pesar...

La mayor alegría era dormir,

instalarse en el lado mágico de la cama,

acariciar con la mejilla el frescor de la almohada.

No teníamos pensamientos, tan sólo sensaciones.

El mundo poco a poco, muy poco a poco, nos iba percibiendo.

Cuando nos dábamos cuenta de eso, nos sentíamos tristes.

Y, a veces, llorábamos.

Quizás nos interrumpieron y el mundo y nosotros no pudimos
seguir hablando.

Quizás porque tuvimos que aprender el idioma de la
supervivencia.

Quizás, entonces, no nos dejaron llorar lo suficiente.

Vino la partida, o mejor dicho la llegada.

El inmigrante trae tan pocas cosas...

Aprendimos los gestos necesarios, las experiencias locales.

Lo que aquí sirve para decir "tengo hambre", "quiero dormir",
"te quiero".

Esto era demasiado grande y todo lo hacíamos a título
provisorio.

Un día el hijo, la mujer envejecida, la casa gastada nos
despertaron.

Fuimos notificados de la realidad.

Se nos obligó a borrar el dibujo de nuestras alas.

Pero seguimos siendo provisorios.

Queríamos descansar al final del día

y nuestro descanso era apenas otra rutina.

Estaban los compañeros, estaba la escuela de nuestros hijos,
estaban las huelgas, estaban las alegrías
y estaba la espera.

A veces, cuando puedo, aunque con un poco de vergüenza,
cierro mi puerta y quedo solo,

oigo antiguas canciones y pienso palabras de otro idioma.

Tal vez lo mismo le esté sucediendo, ahora, a otro viejo
inmigrante.

Nos tienden las manos y las estrechamos
(para que no nos sintamos tan ajenos, y las estrechamos).
Se trata solamente de un dato.
Lo que ocurre es que he cerrado mi puerta
y me he quedado, provisoriamente, solo.

CARTA PRIMERA

Mi querida amiga, son casi las dos,
dentro de poco la cordillera estará absorta de blanco
y yo habré dormido mis horas reglamentarias.
Santiago está muy cansado del invierno
y con su vientre destapado espera que le instalen
el metro en las entrañas.
Como yo soy poeta debo escribir poemas
porque para eso estamos cada uno en el mundo.
Tú cumples tus deberes, él cumple sus deberes,
nosotros también somos explotados.
Que así se conjuga la vida en modo y tiempo capitalistas.
Johnson mataba, Nixon asesina, los pueblos resisten.
El Eximbank y los marines nos abarcan
en uno y atormentado universo de dólar y dolores.
¡Así no sea más!
¡No amén, no amén!
Pero sí amen y amo y amémonos y se amen.
Por los siglos de los siglos así sea.
Aunque no era de amor que yo venía a hablarte,
circulan diversas versiones sobre la materia,
pero no se trata, créemelo, de disponer sesenta ramilletes
para los sesenta balcones.
Yo quería decirte que estoy muy bien
y pareciéndome cada vez más a mí mismo
en esto de ser y no ser.
Ahuecando mi mano para que bulla el mundo
desintegrado en trueque de viajeros fernandos.
¡Contradicción de contradicciones y todo contradicción!

Por eso, examinando mis fotografías, compruebo que soy
casi un censo.

Como en la vieja fábula del río
(todo fluye, se desvanece, pasa),
no sé muy bien si el que ha cambiado soy yo
o los tantos ojos con que miro.

En todo caso si nos encontráramos alguna vez
creo que me reconocerías por mil pequeños detalles.
Cojea, por ejemplo, de ambos pies pero no se me nota.
Sucede que tengo anomalías simétricas,
lo que me permite disimular a la perfección que soy hombre,
algo muy peligroso en estos días de siglas y de roles.
Ya te he dicho que necesito escribir
y me disculparás si contigo hago estilo
para cuando tenga en verdad algo de que hablar.
Yo no sé lo que es esto: si antipoema o nada,
pero sí que la poesía debe ser una reflexión
encaminada al corazón
para lo cual debe rimar rigurosamente
con los latidos de su tiempo.
Permíteme saber de ti
y te aseguro un verso de esmerada factura
y sentimental eco para tus tardes de spleen.
Y por ahora me despido.
Ha sido un gusto muy grande estar contigo,
hablarte,
y si no me contestas me enojaré demasiado
y en una próxima sin falta
te pondré de verso y medio.

MIS VISITANTES

Esos hombres eran robustos y enérgicos
y me vinieron a ver a mi piecita de tercera.
Andaban pidiendo precios por pasiones
pues se habían cansado de usarlas de prestado.
(O tal vez sería que ya se les notaba demasiado.)
Me dijeron que les hablara de mis instintos.
Ellos llegaron con su grabadora a pilas y sus razones
a cheques.
(Con lo que me pagaron por esa sesión pude comprar
un libro de Queiroz

y actualizar mis deudas.)
Les hablé de mi certero instinto de no propietario,
de esa viva convicción que me invadía a cada comercio,
a cada auto,
así como a cada casa
y aun ante los mas humildes objetos: no son míos.
Les expliqué que esa certeza era la base metafísica
de mi relación con el mundo,
y por consiguiente de mi existencia.
(Creo que me entendieron porque borraron la cinta:
es seguro que para algo tan simple ellos no necesitarían
a su ayuda-memoria.) acudir
Entonces me preguntaron si era feliz.
(Previamente y con suma discreción uno de ellos había
revisado mi armario
en busca de camisas.)
Yo les respondí que en verdad sí.
Yo les respondí que en verdad no.
No me agrada mi estado, caballeros, les dije;

estoy un tanto cansado de no tener nada.
Por eso me gustaría mucho no tener nada.
Como aparentaran no comprender,
(yo me di cuenta de que sólo para inducirme a continuar),
proseguí: no deseo los bienes del prójimo,
y por eso quisiera no desear los bienes del prójimo.
Y les aclaré que de todos los bienes de la tierra,
sólo deseaba todos los bienes de la tierra.
Quisiera, les insistí, perder alguna vez esta molesta
relación de no-propietario
(y les confesé que a veces me daba un poquito de envidia)
y por eso sueño con sentirme alguna vez a gusto
con mi instinto de no-propietario.
Ellos comprendieron con suma amabilidad
y en seguida me preguntaron si sentía odios.
Les dije que sí, que muchas veces,
pero que cuando eso me sucedía me calmaba, simplemente,
odiando.
Estuvieron muy gentiles y uno de ellos me dijo al irse
algunas frases amables,
y que me parecieron conocidas: algo así como "vanidad de
vanidades..."
Perdone usted, señor, le dije, pero sucede que yo soy
un gran admirador de la realidad.
El más alto de los dos cerró la puerta con suavidad
y me dio a estrecharle su blanca mano.
Mi vecino me informó que se sospecha que van a montar
una candidatura.

AL NIÑO POBRE DE MI PUEBLO

Pasas por esas calles con tu mano esperando
que le hablen la limosna,
ese idioma anudado a tu exacto silencio.
Llevas una apostura de arbustillo castigado
y las madrugadas del Hombre;
los pies desnudos y estás sucio de hambre, de sudor
y de lágrimas.
Quieres saber cuál es tu porción y tu herencia
en la tierra de los hombres,
en esta breve vida,
en esta oscura noche fría sin techo,
sin blanda cama.
Si alguien se cuida de tus lágrimas,
niño pobre de Chile, desconfías.
Y haces bien.
Es lo justo.
Que no hay mano dulce que entibie tus carnes,
no hay proclamas que puedan borrar lo que tú sabes,
no hay compasión que escabulla del frío
tus piecitos desnudos, azulosos...
Tendrá que venir un gran viento de tempestad,
un huracán de honesta furia,
una ola de escondidos volcanes de justo odio,
una ola gigante de apagados rencores revividos,
una lluvia de lágrimas y sangre,
para que tú puedas sonreír y esperar.
Toda canción será mentira.
No te halaguen engantadas angélicas de domingo
ni el muchacho de sábado nocturno pretenda convidarte

su potente alegría.

Muchachito olvidado, tú seguirás tan serio y triste
como lo merecemos.

ODA A LOS MEDICOS EN HUELGA

Enarbolando sentenciosos, solemnes, siniestras herramientas,
si pudieran nos extraerían la conciencia,
para que no lucháramos,
pero no pueden,
porque no saben donde está,
en qué esquina del hombre se radica,
porque no la conocen,
porque no la tienen.
Porque no la perciben;
no perciben el mundo con sus alamedas
y sus columnas de jóvenes voluntarios,
sólo perciben honorarios
a tanto el quiste,
el tumor,
a tanto los riñones,
y con cuarenta gripes al mes
viven,
y con mil estornudos cambian auto,
y con doscientas toses echan panza
y se titulan de respetables caballeros.

Y pensar que con nuestras manos de albañiles
les construimos sus universidades,
y pensar que con nuestras manos de tipógrafos
primorosamente les hicimos sus libros,
y pensar que algunos vienen de donde vienen...
Y ahora están allí,
codo a codo y bolsillo a bolsillo
con la rufianería,

repartiéndose el hambre de Chile,
el dolor de Chile, la muerte en Chile,
succionando a los pobres,
enarbolando juntas y diagnósticos
al tanto por ciento de la radiografía.
Testigos falsos del dolor humano,
hipócritas citando a Hipócrates,
más vale no ayudaran a parir niños
que quieren condenar a un Chile sin futuro!

Allí están.

Listos para enjugar las lágrimas de los ricos,
recetando, obsequiosos, dulces enjuagues para los bostezos
del ocio,

disfrazando a veces sus nombres populares,
sotos, perez, gonzález, matamalas,
tras el impersonal y culto apelativo
que el pueblo paga hasta por pronunciar:
Doctor!

Permítanme, señores, que los desprecie con minúsculas
(las mayúsculas las reservamos para sus patrones)
por sus mentiras, por sus expedientes,
por distinguir ustedes tan certeramente
entre el dolor de un pobre
y el eructo de un rico.

El dolor de Chile, la enfermedad del hambre de generaciones
los necesita,
pero el futuro, no!

Sigan babeando tras la Sofofa y la impudicia,
laman no más las colillas de los marqueses y los
paquetones;

llegará el día en que los olvidemos,
cínicos de cuello duro,
tartufitos de telenoticarios,
rufiancitos de cripta y de Colegio,
trepadores de bacinicas del barrio alto,
siúticos en latín y en recetario,
ignorantes en baba y pestilencias!

INFORME PARA CRISTO

Señor Cristo, te escribo para contártelo todo,
ahora que va a cumplirse otro año desde que me llegaste.
Aún recuerdo el beso que puse en tu mejilla,
el rostro de hombre de 33 años quemado a sol y a viento,
esa noche en que nos dijiste quién eras y que uno de nosotros
te haría inversión.
Esta noche es la de tu llegada y la celebro,
así como me apresto a crucificarte de nuevo, como todos los
años.

Con la 30 monedas que me dieron ya sabes lo que he hecho.
En estos doce meses han crecido, como todos los años.
Oh, el divino milagro de la multiplicación de la 30 monedas!
Te contaré, Señor, que todo sigue en orden.
El pueblo, a veces, se exalta con los nuevos profetas,
pero los soldados, (¿recuerdas?), tienen sus lanzas prestas
y hieren su costado.

Todo está en paz.

"Mi paz os dejo, mi paz os doy."

Una vez que otra se congregan los negros, los asiáticos,
los indoamericanos,
y se hacen necesarias prontas medidas de seguridad.
Si eso no basta, Cristo, reparto mis monedas.
Oh, el divino milagro de la acumulación de las monedas!
(En Pinochet y en Papadopoulos, y en Franco y Bordaberry
podemos descansar.)

Todos los años, puntualmente, Señor, te crucifico
en Chile, en Grecia, en Palestina, en Bolivia y en Portugal,
y Eduardo Poncio Frei Pilatos lava sus manos en slang.

Así es, Señor, como está el mundo en paz.
Con nocturnas acciones se hacen buenas y suben mis acciones,
baja el oro en mi mano izquierda y el dólar sube en la
derecha.

Yo te escribo desde mi oficina de la Quinta Avenida,
desde aquí puedo seguir a tus sacerdotes perdiéndose en
el mal.

(La herejía materialista del pan nuestro...)

Así es la cosa, Cristo: bussinesare bussines.

No debes preocuparte, pues yo cuido la creación.

Para eso calzo tanques, aviones, portaviones.

También tengo discípulos, (mi Iglesia, pues, Señor),
uniformados judas lustrados y bilingües.

(He arreglado el affaire Babel haciendo del inglés el
idioma oficial

para los golpes de estado y otras operaciones
comerciales.)

Señor, te recuerdo mucho y, para besarlos,
a los niños, como tú, dejo venir hacia mí.

(Tú conoces mi beso.)

He dispuesto las cosas de la mejor manera;

nunca he dudado de mi poder;

lo que yo hago en la Quinta Avenida no se desata más.

El dólar mueve las montañas,

se multiplica, (eso ya te lo he dicho).

y además tu padre les dijo aquello de "ganarán el pan con el
sudor de tu frente".

Créeme: todo está muy bien desde la Quinta Avenida;
yo tengo fe-dólar en mi evangelio,

tengo esperanza-dólar en mis generales,
y todo va mejor con Coca-Cola!

CARTA A CHILE

Diemen, 29 de marzo de 1974.

Patria mía, lejana y pensativa,
dolida patria,
patria feroz,
amada:

esos que te cercaron,
los que crucificaron a tus hijos,
los que te han entregado,
los sedientos de sangre,
los cobardes toribios de alcohol y pesadilla,
los mínimos sargentos augustos,
aquéllos, los ridículos, empinados céasares de caballeriza,
el gustavo sin alas, cuervo bien alquilado,
buitre condecorado por los buitres,
ésos, esteroolados matarifes, apócrifos, cáines,
esos no son tus hijos:
por sus alcantarillas no discurren las aguas de tus Andes,
en sus caninos rostros no se posa la calma de tus valles,
en el resumidero de sus pechos no palpita tu estremecida
estrella.

Patria muda,
arrinconada patria entre fusiles,
esos no son tus hijos,
nada de ti son esos, nada en ti;
esos no se nutrieron de tu trigo,
ésos nunca cantaron tu sentido;
esos se alimentaron en los rubios establos,
les dieron los orines de los amos,

para que se habituaran.
Les enseñaron, en inglés, a conjugar el verbo maldito
y augusto traiciona,
toribio engaña,
gustavo miente,
césar defeca porque no puede más el pobre,
el general rastrero,
césar centavo de tarifa enana.

Patria,
un volcán crece y crece en tus entrañas,
un furor de aurora,
un llanto que lavará la sangre del duelo,
una mano que hará la justicia.
Patria martirizada, traficada,
dulce Patria:
promesa, juramento, puño,
voz armada,
en tus aras, recibe.

LOS CUATRO DEGENERALES

Extrajeron la sombra de la sombra,
dibujaron un viento con colmillos,
talaron el silencio hasta la ausencia,
quitaron a la muerte sus derechos,
liberaron las garras del sueño.
Pero más que eso: invadieron
de sombra las estrellas,
silenciaron la rosa y el helecho,
predicaron la muerte y de los sueños
permitieron tan sólo los andamios del miedo.
Y fueron más allá: legislaron
en la amistad y en el vocabulario,
prohibieron la mano,
entraron en la conjugación más íntima del verbo,
amargaron la hostia y el vino.
Pero no les bastó y argumentaron
silogismos de duelo,
metáforas de pólvora y picana,
escolares geopolíticas municipales.
Y fueron más allá y crucificaron
la cruz y en la fuente del día
pusieron odio
y tres veces al hombre hicieron negarse.

Miradles porque aún están interrumpiendo
las calles de la vida;
están aún allí, con clarines de acero,
están aún devorando domingos;

miradles en su alquimia sigilosa
que aún están allí y construyen una muerte sin pétalos,
sin azar,
sin reposos,
una cansada muerte que no entiende,
reloj que ignora el tiempo,
paso sin caminar,
nave sin ola.
Una muerte patíbulo que espera,
pero aún están allí,
miradles,
están allí, en mi patria,
árbol callado,
semilla empecinada,
Chile.

ELOGIO DE LA IGUALDAD DE OPORTUNIDADES

En un sistema abierto, cualquiera puede llegar,
tener un estudio de abogado,
aprender la técnica de la evasión de impuestos,
pertenecer a uno de los dos grandes partidos,
practicar oratoria en un club,
que no sea el mismo donde hace golf,
(como Ike),
aprobar el curso acelerado para ganar amigos,
y suscribirse al Reader's Digest para toda la vida.
Así es y pan para todos.

Claro que si uno es negro habrá dificultades,
pero sólo los comunistas niegan los milagros,
y Dios es americano como el blue-jeans, la coca-cola
y el chicle Adams.

Si usted es gangster y la época oscura, sin héroes,
le darán su oportunidad de ser Presidente,
o pondrán en best-seller su vida para edificación
de las almas jóvenes.
Todo puede ocurrir: usted entra en el mundo y se apagan
las luces,
los colonos departen con los indios,
los años locos y el whisky o sea la ley seca,
o sea el whisky,
y además, sí, además,
una Comisión de Actividades Anti-Aquello.
(Todo esto, en glorioso thecnicolor.)

Y usted puede sentarse en el parlamento, ser aplicado,
votar como Tonto Millones que nunca se equivoca,
buscarse un buen patrón,
darse a buen precio,
porque aquí todos somos iguales.
Usted regará su oportunidad,
usted será Senador,
usted será Vicepresidente,
y un día el Hombre Nuevo,
Calígula sin luna,
se sentará donde Abraham Lincoln
y usted con una mano podrá ametrallar negros o estudiantes
en su propio país,
y con la otra bombardear aldeas y hospitales.
Usted podrá hacerlo y también podrá no hacerlo,
porque el libre albedrío y si no qué sería del pecado,
no nos vengán con dictaduras de clase,
reconozcan el espacio abierto a la libre empresa,
y así fueron concluidos los cielos y la tierra
y el séptimo día cesó Dios la tarea que había hecho.

Pero, toda historia termina y también la suya,
apresuradamente dibujada por un Walt Disney malhumorado.
En su última cena parece que usted vendió el pan y el vino,
y dicen de sus discípulos que fueron dignos del maestro.
También a usted lo crucificaron y no hay que sorprenderse,
pues entre los ladrones sólo Barrabás tuvo el tercio más uno
requerido.

"Yo he experimentado un sentimiento muy íntimo de pariente
con cada americano",
se le oyó decir y todos comprendieron: sus oídos estaban
en todas partes,

incluso el Watergate.

Es cierto que a la hora nona,
cuando usted exclamó: "por qué me han abandonado",
se abrieron los sepulcros apenas tapiados
y aparecieron pragmáticos inquisidores,
y una nube de fuego, como napalm enviado directamente del
Pentágono,

cubrió la sucia casa.

"La pesadilla ha terminado", tañió el Evangelista,
porque también él tuvo su oportunidad
y estudio de abogado,
llegó al parlamento y aprendió a votar leyes,
fue Vicepresidente
y hoy está sentado donde Abraham Lincoln.
Desde allí, con su mano izquierda y su mano derecha,
profesa fervorosamente la iniciativa privada.

LUIS ALBERTO CORVALAN HA MUERTO

Avisan de un hermano que dejó de esperar,
que desgajó en la lucha su mirada temprana.
Yo estoy bajo otro cielo y nos preguntamos
qué es eso de otro cielo.

¿No nos habíamos dicho que el universo es uno?
Hoy nos golpeó una muerte y abriendo la caja de preguntas
se instaló en el umbral donde crecen las dudas.

Luis Alberto, han tapiado tu dolida alegría.

¿Qué es eso de morir?

¿Qué arbitraria estructura sorprende al movimiento
y abre un sueño sin fondo?

Luis Alberto, han cegado tus cansadas heridas.

¿Por qué caen los cuerpos sin derrota para hundirse
en lo que alguna primavera será olvido?

Tu cuerpo austral ya corre lavado por el tiempo,
tu breve historia henchida de banderas,
tu paso por las torvas colmenas del suplicio.

¿Qué siniestro arsenal al que llaman destino nos preside?

¿Hasta cuándo seremos apariencias de nada
cantando sin notar que un liviano rocío,
viniendo desde el tiempo inmemorial e impuro,
puede segar la senda,
puede quemar la boca,

puede sobre nosotros conjugar lo infinito?

Y, sin embargo, qué enemigo les fuiste, compañero!

La nieve, el sol, el equilibrio de lo que hoy es aquí
y tuvo ayer otras moradas,

nos tiende su desierto de palabras;
este planeta leve, suspendido en su propia tensión,
desnuda su secreto de evanescentes flores milenarias,
para nuestro dolor,
y tú recoges, patria estremecida,
una nueva luz para tu geografía de heroísmos.
Hoy te llega una voz que no habrá suficiente silencio.
Esa clara jornada será vida,
esa vida será nuestra jornada.

LOS ORGANISMOS DEL SILENCIO

Ahora estoy aquí, esperando el sueño,
poblada la cabeza de símbolos sin mármol,
fracasada la pluma de vivencias sin verso.
Desde la patria inmóvil, lagar de eternidades,
martirizada esquina de la tierra,
un silencio con modos de niebla me persigue.

Amanece:

falta la mano,
y el paisaje de líneas exactas
para entrar en el día;
la espesura del aire,
por ejemplo.

Te ocurrirá tal vez otro verano.

Una generación de helechos y amapolas te alejará de mí,
te vaciará de nombres,
sólo indeterminada geografía ya desnuda de peces,
donde se instalarán los organismos del silencio,
ya abandonada de cóndores,
un silencio que no será de ausencias,
herido el verde de tu hondo sur lluvioso,
un silencio de ríos soportando cadáveres rebeldes,
y tu ferrocarril dorsal,
y tus bosques secretos donde iba a reposar el tiempo,
creciendo desde el vientre de una ola varada en tus orillas
amanecidas por testigos también inmóviles.
Porque el tiempo no es eso que deshacemos entre unos pocos,
eso que se nos cae en el hueco de las palabras:
más bien es una ola creciendo desde una región sin palabras,

y que a veces traza en nuestra frente su helado signo.

Atiende:

quiero decir que el silencio no es un vacío;
será más bien un río donde naufraga la voz;
será más bien el jadeo del dolor,
y la faena clandestina que vuelve el aire en lágrimas;
será más bien el odio en que las vísceras resuelven los
datos del día;

será más bien la galería oscura llena de restos de hombres,
pantalones, cabellos, uñas desvencijadas, paternidades
interrumpidas,
y que la memoria señala de cruces y guitarras violadas
al caer la aurora.

Yo sé que vienen, vienen y desamarran las distancias,
vienen formados en batallas,
lanzas de sol, palabras minerales,
duras sentencias que el mar repite con soberbia.
Vienen mordiéndose los puños amputados,
estableciendo ventanas,
con una bala abierta para siempre donde estaban los ojos,
crucificados, muertos, luminosos acribillados, muertos,
vienen por el silencio,
crecen desde la raíz del tiempo.

ODA

Generales, sargentos, asesores,
sirvientes de la Pepsi,
eruditos en dólar,
escolares del hambre y la sangría,
doctores mercuriales,
billaristas del Club de la Unión por puerta de servicio,
lampiños monjecitos de wagnerianas teologías,
camioneros de poses napoleónicas,
mercaderes sin pan del evangelio,
maquilladas posesas de alcaldías nocturnas,
analfabetos de cintura fácil y rectoría efímera,
prostitutas izadas del burdel de la historia,
paquetones de a chaucha disponibles,
autores de libelos imperiales,
equinos de mandados y letrinas,
almirantes alcohólicos de cultura de puzzle y suplemento,
teorizantes cuervos hitlerianos,
solemnes tontos de tribal insignia
y fronteras estrechas para imponer recetas urbi et orbi,
siúticas mujerzuelas de cóctel y oficinas,
que exhiben por TV sus recientes palabras
de primerizas "damas",
médicos de torturas garantidas,
rotarios ad-honorem,
ortúzares mordazas,
jueces agusanados,
profesores de mierdas celebradas,
embajadores de chorreante sangre,

periodistas doblados al español de Franco,
karatecas con catedra humanista,
yarures de rapiña acelerada:
yo les canto el principio,
les entrego el elogio a su compacta,
entera,
sin pudores,
empresa sin futuro y sin perdones.
Aquí el que la hace, ¡paga!

CARTA CREDENCIAL

Señoras y Señores que me escucháis: yo soy
el Embajador de una larga y angosta franja americana
que cree en Dios, la Libertad, la muy Exclusiva Propiedad,
y otras nobles mayúsculas adheridas a su Declaración de

Principios

por la Honorable Junta de Gobierno que preside mi General
Pinochet.

Soy un diplomático profesional y por eso no me pidáis
cuentas
de los dos mil quinientos disolventes cuyas fotografías
agitan sus narices bajo las ventanas de mi residencia
oficial.

Yo, Embajador, represento a un Estado invariable desde que
fue formado
en los comienzos del pasado siglo y no me insomnían los
matices caros
al ocio de los intelectuales de izquierda que reciben su
sueldo de enemigas potencias,
envuelto en la hostia o en la Declaración Universal de los
Derechos del Hombre.

Represento a cada uno de los millones de queridos chilenos
que en el territorio nacional u otro lugar cualquiera de
la tierra viven,
y ello sin discriminaciones de edad ni sexo, color ni
religión:

lo mismo si subsisten en el Empleo Mínimo
y son ociosos y frecuentan Villa Grimaldi, Putre o
Parícut
que si aprecian el sol y las arenas finas de Papudo y
Las Rocas,

o aun si se reúnen bajo el sereno gatillo de mis generales a
curiosear por sus maridos,

sus padres o sus hijos.

Tan cierto es esto que hay algunos que de manera infame
nos calumnian en América o en Europa y ni por eso los

omitimos:

como padres que ejercen su irrenunciable potestad a la
distancia,

los amorosamente amonestamos; les privamos, si ello no basta,
de la común nacionalidad,

o los desheredamos como a indignos hijos cual, por
desgracia,

le ocurrió a Carlos en Argentina y en Washington a Orlando,
entre otros,

sin olvidar a Bernardo, el que creyó a la sombra de Roma
sería impune.

Yo soy su Embajador y a los gobiernos y personas amigas
condecoro

con generosidad, imaginación y gracia verdaderamente
ejemplares,

pues nunca olvido que debo prestigiar a mi patria venerada.

Dispongo del Collar de Villa Grimaldi,

la Orden de la DINA,

la Gran Cruz de Colonia Dignidad,

y la Medalla de la Picana en sus varias intensidades

y grados de Instructor, Ejecutor y Receptor de Voluntarias
Informaciones,

pero también estoy autorizado por la Honorable Junta a
distribuir suvenires

de los diversos sitios en que ha sido posible acopiar uñas,

pieles y sangre de variados grupos,
y esto lo entrego a cambio de cualquiera ayuda que
quisiéreis asestar
en nuestra santa lucha contra el Enemigo Malo que nos
asedia.
Muchas gracias, Señoras y Señores, por vuestra atención y
estoy seguro
que me habréis comprendido y también cuánto sufro por la
menguada
estatura del hombre comparada
con los designios insondables de la Providencia Divina,
y el silencio eterno de los espacios infinitos.

PARA CHILE CORAL ENSANGRENTADO

Alzo la hoja escrita con el sencillo aroma de la verdad,
hurgo en su forma anónima la esquina del encuentro,
el zapato del niño,
la madera sin prisa de su caballo amigo,
interrumpidos en las conversaciones apresuradas,
y está la voz del guardavías introduciendo noches,
la inútil luna sin caminos,
el universo hastiado de adjetivos;
investigan mis ojos el cansado verdor de los domingos,
oraciones se agitan y embarcaciones ateridas de azar,
y algún instante conmovido por excesos de sangre,
(la muerte, ese derroche que la realidad no permitiera
si fuera racional enteramente);
sangre sobre las lágrimas,
(todo dolor acerca a lo esencial),
abiertas soledades,
acaso sea amor,
tantas veces pedimos que se identificara,
(acaso fuera amor),
hasta que vino lento,
total como una sombra,
¿a dónde vas?
voy hasta el fin,
¿y me llevas conmigo?
sí, te llevo contigo,
(porque amor es convenio de dos aunque negocio de la
especie),
y andar tras la razón de ásperas geografías,
palpar y simplemente la inevitable vida,

árboles dispersados,
destruidos recuerdos,
silencios aventados de toda morada:
lo inmutable ejerciendo su viajero sí mismo,
para encontrar tu rostro,
Chile.

Enseñanzas que portan los muertos y los vivos,
clandestinas usinas donde la vida muele su secreto argumento,
la lógica invencible de sus vísceras,
lo que no asciende a la alta plataforma del gesto,
y acallan los fusiles los párpados del agua;
posan envanecidos centinelas sobre un telón de sangre
que ellos creen destino,
mimetismos del aire sometido
y brazos extraviados en el comercio de estaciones insomnes;
quién huye,
quién reposa,
quién acaricia al niño que manchó su mirada de testigo?
Quién acumula treguas,
restos empecinados,
tensiones oprimidas como una sonrisa entre muertos?
Cual un hilo de interminable leche derramada,
el tiempo sueña plazas de donde la materia haya huido,
multiplicado pan con trigos desertados,
y vena a vena, garganta ensimismada,
itinerarios expandidos más allá de toda violencia,
dibujamos tu rostro,
paladeamos tu rostro,
enlutado tu cuerpo,
Chile.

Trigales que las viejas profecías recitan,
negado el pan de nuestro cada día,
y el símbolo violado en cada umbral del sueño:
escamoteado grito que no alcanza la dignidad de lo concreto,
que no se hace herramienta, voz, combate;
mientras, la verdad pugna por parecerse al mundo,
y lejano tu modo,
la ausencia o el espacio dividido,
escindida distancia,
martillo expectante.
Sabido es que todo merece morir porque o a causa
de que todo merece persistir,
y es mentira que nadie,
que establezcan la nada con clarines de ley
o contundez de bando iletrado y acero:
son palabras,
técnica editorial,
campanas de opinión,
cartas que no escribimos,
sangre no resignada,
sudor que no se apaga,
complicidad del hombre y las estrellas,
para formar tu rostro,
Chile, compañero.

Se trata, siempre es posible, del vino y las raíces,
pero de cuerpos en esperas pactadas con el tiempo,
y horcas desacatando la intimidad de sus refugios:

se trata de la noche dejada a su suerte,
el límite que acude a la puerta del hombre,
(su propia multitud),
preguntando que cómo organizar el dato:
desmontar del error el sutil mecanismo,
la enmascarada causa que preside multiplicadas muertes
y el dólar que alimenta las vísperas del duelo.
Son sin pausa pañuelos agitando perseguidos corales
que en los cerrados sistemas de la materia irrumpen
cuestionando sus bellezas sin diálogo;
libertades cumpliendo su agricultura leve,
y el mar propone en ciclos de lengua indescifrable
pálidas adolescencias de eternidad vertiginosa.
Ocurre que la sangre gira en lo oscuro y entre los
campanarios,
y el pan sale del horno con sangre encarcelable,
y la sangre en los muros como una enredadera,
sangre comunicada de mano en mano,
fuego
que corroe la lanza,
y los cañones averiguan la orden que envilece,
para lavar tu rostro,
tu carnadura tibia,
la poderosa médula de tu esbelto diseño,
Chile, compañero.

medimos, sumergidos en andenes vacíos,
el tiempo que organizan trenes también vacíos.
Discorre todo al ritmo de la sola conciencia
y algunas omisiones, quizás a veces justas,
oportunas a veces,
son todo lo que llevo.
Es un murmullo del recuerdo,
rocío cauteloso que a la patrulla burla entre verduras
advertidas,
memoria convocando los probados andamios;
es la piedra sin manos que se acogió a tu mano
junto al trigo y la espuma del mar nuestro,
océano tendido a lo largo de nuestro cansancio,
reserva que no agotan las crónicas del miedo.
Rendir flor a los muertos
para limpiar tu rostro,
para triunfar tu rostro,
para ahondar tu rostro,
Chile,
compañero.

EL TIEMPO FRECUENTA EL VONDEL PARK

Si es necesario el árbol,
es también necesario hablar del árbol;
su soledad en a pesar del bosque,
y no engañarse: el bosque todavía no es árbol,
como la indignación en verso no es aún poesía,
ni las estadísticas sobre el hambre en el mundo,
signos donde transiten los hambrientos del mundo.
En la noche tu estatua pasajera,
cumplida soledad,
mármol evanescente,
esquina de los pájaros transitorios.
Mi comercio menudo, que no basta,
borrosa colección de miniaturas de la niñez del tiempo,
sílabas enhebradas en diminutas cajas funerarias.
(Sospecho: en mi reloj monótono pierde su tiempo el tiempo.)
Por eso a ti acudimos.
En el espacio no acatado de tu abierto silencio,
en la armonía que estableces contigo mismo,
la lógica secreta de tus contradicciones,
conquista el tiempo liberar su paso,
desatender consignas,
(asila tu ramaje sus pasiones, violentas),
y examinar confiado su equipaje donde "Fabio, ¡ay!, dolor",
dormidos yacen los famosos imperios.
¡Qué simples nos serían el mundo y sus horarios
si todas las verdades pudieran coexistir!
Pero, en tu gestión oceánica,
conocedor del canto de las sirenas,

planeta desterrado de la selva láctea:
la verdad única muda su rostro y sólo
permanece en su vuelo.
Reclinado hacia nubes vertiginosas,
busca en el mar el movimiento y lo movedido,
y el cristal le devuelve su rostro resignado,
y el fracaso del sol entre la red madura
que captura y divierte pequeños peces de luz.
Por eso anhela el viento que apresura sus manos olvidándolas
en la lluvia o los brazos de escolares sin prisa.
Sabedor de los hondos desvelos de la tierra,
sin embargo no encuentra allí el crecimiento del tiempo,
y reclama un espacio que su pensamiento no alcanza.
Tiempo: ¿emigras de otros hombres?
¿Cubre tus huellas resto de la sangre ofrendada
y es rencor de humillado lo que en tu manto ha puesto
perfume amargo?
¿Con quién esperas encontrarte al final de qué camino?
Entonces, detenido en algún punto ajeno de los mapas,
en la pieza repleta de agujeros mordiéndose como garras
furiosas,
secuestraron el ruido de sal, algas y rocas,
así como de nieves, aludes, coníferas gigantes y densa
multitud sorprendida en la historia:
entonces, duele el tiempo,
se repite en millones de párpados ausente,
en fracaso transforma mis queridas palabras, puro sonido
solo,
y hunden en mis heridas sus abejas despiertas

un vino sin orillas, con torpores de nieblas.
Entonces, lanchas, trenes, pasos del hombre, fuga de la
tierra,
no son más que goznidos de simuladas puertas,
aurora que a las sombras expulsa y las congrega para el
nuevo combate.
Entonces: es al tacto un espejo la dura piel del mundo,
es una superficie inabordable,
una ilusión perfecta,
eco desvanecido de un reflejo olvidado.

Apúrate, me dijo el árbol del Vondel Park:
¡el tiempo arrecia!
Pretenden abolir la cordillera,
venderán el océano ola a ola,
cernirán el desierto hasta dejar el hueso
sin cobre de la pampa;
te quitarán de todas las memorias
y un día en los estantes habrá un producto nuevo,
un Chile con entrañas de plástico,
lagos, volcanes, odas, sindicatos de plástico,
país a precio concurrente y en idioma central,
lavado de nerudas y violetas,
de recabarren y ramonaparra,
listo para el banquete sin doctrinas allendes indigestas,
"compre, usted, Chile; consúmalo en su sangre, como a los
calamares";
apúrate, me dijo: el tiempo arrecia.

(Arriesgar todo al vértigo de tus altos cordajes:
¡no ser!, pero en tu vuelo, húmedo de tenaces construcciones
y lágrimas,

palpar ese silencio voraz donde recalán
los deseos del hombre.)

¡El tiempo arrecia!
El más pequeño llanto del niño entra en el río
que va a dar a la mar.

¿Acaso no hubo un siglo en que a la tierra la mantuvieron
plana

y achatada en los polos?

Unánimes las hojas amarillando caen: y es otoño.

ESCUCHO, CHILE

Te escucho, Chile,
como la ola se detiene para la música del mar.
Oigo una voz, mil voces, huracán acudiendo,
que increpan: generales
de regimientos y de financieras,
ordenanzas de la International Telephone Telegraph,
caballerizos de la Kenecott:
decidme de mi padre,
y del esposo que ya no cuida mi sueño,
y de la compañera que para mí tejía sonrisas maduras
como lentos frutos del Elqui;
declarad en que oscuro rincón rasgan su carne,
qué suplicio reemplaza a mi rocío.
Decidme, financistas, gerentes, embajadores de podrida
entraña,
si hay cementerios que en silencio asilen su cuerpo,
me oculten el dibujo de su existencia.
Pero el no geo sino barro, lodo-político, pústula-político,
traduce el plan-político del gringo Helms
y se enternece con las marchas de Strauss que le ha llevado
fascinantes reliquias del Reich para mil años:
un eructo de Hitler en cristal bávaro envasado,
y su autógrafo en piel de "perra judía".
(El devuelve, gentil por gentileza,
un frasquito con sangre proletaria destilada en Grimaldi,
la cuerda rota de Víctor,
y una vasija de Pomaire suave, sorprendida en el patio de
Neruda.)

Te escucho, Chile.

Viniendo de las minas y las panaderías,
y del obrero de la construcción y el portuario,
se oye una voz airada: generales
traidores!, devolvedme
mi porvenir, mi pan, mi sindicato.
Quiero mi libertad para otra vez marchar con mis hermanos
en la Plaza Artesanos con mi puño y mi estandarte rojos,
el Primero de Mayo!

¿En qué esquina, extraviados, nos sorprendieron, Patria?
¿Desde qué agujero sin prisa,
depósito de esperas, retenidos impulsos,
humanidad de repetido insomnio,
salió, Patria, esa espuma incolora oliendo a crimen
recalentado;
oliendo, también, a pólen destituído,
como si a una piedra o al hielo le brotaran pestes amargas
semejantes
a peces agonizando a lo largo de la playa,
o, todavía, como alcoholes intactos agitándose más allá del
sueño?

Pero, Patria, ¿había todo eso?
¿Había aquel rincón sin primavera,
lugar no descubierto,
protegida suciedad,
encerrona de gatillos sonámbulos,
de rumbos sin espacio,
pozo sucio de la historia, desván,
resumidero de los siglos en donde el mal abreva sus
venganzas,

materiales que duelen como un ácido crudo,
y relojes cargados con el revés del tiempo?
Desde allí los andamios destructores armaron,
desde allí liberaron lo oculto, lo sin nombre,
lo que transita embozado en la noche,
lo que la especie para olvidar lanzó hasta el fondo sin
memoria.

Allí se organizaron para atacar el vuelo que crecía,
para destruir la piel dulce de mi patria,
y machacar sus miembros delicados.

Oh, patria de raíz innumerable,
Chile de las vendimias y el rocío,
esquina delicada de la tierra,
playa profunda,
fruto de los mares;
rama de nieve y sol,
caleta abandonada,
hogar de las tempestades;
pasión eficiente,
víscera estremecida,
razón también de nuestros pasos;
copa para beberte,
ventana abierta a nuestra historia.
Oh, línea leve para cerrar América,
ala herida de abismo,
país espejo,
morada que las olas vanamente interrogan.

Tal vez sólo tu nombre, Chile, te diga entero,
con tus islas en fuga,
tus canales sin doma.
la plata cabellera de tus cerros,
la lógica invencible de tu esbelto diseño:
cuerpo de cobre y mar,
de salitre y helecho,
soledades extremas,
araucarias,
poesía del viento,
y, alumbrándolo todo, tu extendido
collar de sindicatos.

Escucha, Chile: seremos decisivos.
Con palomas creciendo en nuestra sangre
y águilas de memoria vengadora;
con paciencia de gota adoctrinada,
y huracanes puntuales.

VOLVEREMOS

Como se sabe, hay cinco puntos cardinales:
norte, sur, este, el oeste y aquí.

Aquí, es el centro de uno mismo,
nudo de los mil hilos del tapiz de la vida.

Aquí, es donde se encuentran todos los que me han sido.

Yo estoy allá en este lugar

hermoso de canales y con el sol aprisionado
en las al viento cabelleras:

y a cinco años de aquel once de septiembre
opino que estoy bien, muy bien, verdaderamente bien.

Es cierto que la cordillera en las mañanas...pero
es asunto de mis ojos, yo estoy muy bien;

y que el Pacífico y sus olas, el sonido en las rocas
de la sal poderosa... pero son desviaciones,

falible oído, blando olfato, corruptibles sentidos:
en lo que a mí respecta, yo estoy bien.

Es curioso, y me inquieta, lo que ocurre en las tardes,
(creo no ser el único, pues yo estoy verdaderamente bien):

al presentarme ante el espejo de objetivo rectángulo,
prescindiendo, distante, ensimismado,

imparcial o quizás resignado,
me cuesta serme yo.

Me pasa como si contemplar a un cosmonauta asistiendo a la
escuela de Pitágoras,

o si Amadís paseando por Schiphol vestido de novela.

Pero incluso, o quizás, sea más que eso, no cosa de escenario
ni ropaje:

soy, yo mismo, un intruso recorriendo las avenidas hoy
prohibidas de mi infancia,

merodeante atisbando noctámbulos cerrojos y derruidas
ventanas

que se dejan abrir como el alcalde las derrotadas llaves
de la ciudad, y el grano y la lozana juventud en manos del
invicto,

sin ver como penetran nuevos sentidos, voces bárbaras,
ritmo de párpados violentos que alejan extranjeros
a su casa, su huerto, los cuentos de su infancia
y el manso cementerio que dormía sobre la cima del cerro.

Hay un hermoso deporte pluriestacional: mirar el mapa,
seguir el movimiento de los mares,
acercarse a la zona final de la tierra.

Pero están la humanidad y su historia.

Trabamos amistad con los héroes. (Allá, en Europa, el siglo
quince

corre más cerca que en América.)

Está la Torre Eiffel peleando el ranking con el Big Ben y
las Pirámides,

y la Estatua, la gigantesca estatua maravilla de estatuas,
que en la bahía espera

visa de entrada a Nueva York.

Está el Tercer Mundo, (conocimiento agregado: yo soy del
Tercer Mundo),

y enfrentándolo la euroconstitución de la materia.

Están los siete años de vacas gordas y los siete años de
vacas flacas,

(en el Tercer Mundo),

pero se calla que en los siete años gordos y en los otros
las vacas son del mismo dueño.

(El euromundo.)

(A Santiago la historia llegó a caballo y armaduras,
acero, cruces, tecnología y argumentos prestigiosos,
y en Curepto el estero risueñamente sustenta
una concepción íntima del tiempo.)

De eso se trata: nacionalidad distante, pelo negro,
impericia.

Marcas o señas distintivas: la ausencia.

Gestos particulares: "volveremos", con música de Sergio
Ortega,

y Quilapayún.

Rocío triste, insomne disperso por la tierra.

Y las agencias noticiosas traen sismos de distantes lugares,
Bolivia, Irán, Namibia muertes varias, catástrofes de muy
sutiles grados

en la escala de cárter.

Volveremos.

I N D I C E

1 - El Libro	1
2 - Recuerdos	3
3 - Pobre vieja honesta lumpen	5
4 - Cosas del inmigrante	10
5 - Carta Primera	13
6 - Mis Visitantes	15
7 - Al niño pobre de mi pueblo	17
8 - Oda a los médicos en huelga	19
9 - Informe para Cristo	22
10- Carta a Chile	25
11- Los cuatro Degenerales	27
12- Elogio de la igualdad de oportunidades	29
13- Luis Alberto Corvalán ha muerto	32
14- Los organismos del silencio	34
15- Oda	36
16- Carta Credencial	36
17- Para Chile Coral Ensangrentado	41
18- El tiempo frecuenta el Vqndel Park	46
19- Escucho, Chile	50
20- Volveremos	54

Disco de portada: James Smith